

importa para la felicidad de la vida humana poseer principios fijos! Ellos son la antorcha que guía nuestros pasos en medio de las tinieblas que por todas partes nos rodean. *Lucerna corporis tui est oculus tuus*, decía el Salvador; «Si tu vista es clara, todo tu cuerpo estará iluminado, si aquélla está obscurecida, todo tu cuerpo se verá rodeado de tinieblas.»¹ Los dictámenes prácticos que da la religión, bien conocida y estudiada, son el derrotero seguro del hombre religioso, que no le dejarán tropezar en el camino de la vida, por más erizado que se halle de dificultades. Y que las hay, y á veces muy graves y espantosas, bien lo sabéis, carísimos hermanos. ¡Cuántas miserables caídas se ven todos los días por falta de principios, especialmente de principios religiosos! Éstos son claros, sencillos, terminantes, pero no basta conocerlos, es preciso seguirlos fielmente y no traicionarlos jamás por debilidad ó cobardía. Así lo sabe hacer el hombre verdaderamente religioso. Sus palabras y sus proceder, siempre en armonía con las máximas que profesa, no tienen nada que desdiga de la santidad de la moral cristiana, nada que motive justa crítica ó maligna censura de parte de los que observan atentamente sus acciones. ¡Qué gloria para la religión poder exhibir á la faz del mundo corrompido esos cumplidos modelos de religiosidad! Para esto se necesita lo que se llama carácter, y es la religión la que lo forma, mejor que ninguna otra escuela. Sí, porque nadie tiene como ella tan poderosos elementos de firmeza en el bien obrar, como son los auxilios sobrenaturales. No hay virtud que pueda sostenerse por todo el curso de la vida sin la gracia del Señor. Así se explica esa admirable constancia de los santos en la práctica de las buenas obras. El hombre religioso no hace distinción, en orden á practicar la virtud, entre tiempos y tiempos, lugares y coyunturas

¹ Matth. 6, 22.

diferentes, pues, igual á sí mismo en todas partes, lleva siempre en el fondo del alma una luz que no le engaña, un testigo que no miente, un juez que no transige, á Dios mismo presente á su espíritu, siempre temido y siempre amado, su fortaleza y su refugio¹.

8. ¿Sabéis quién es el hombre verdaderamente religioso? Pues es aquel verdadero filósofo cristiano que, con áurea elocuencia, como sabe hacerlo, pinta el gran Doctor de la Iglesia, San Gregorio Nacianceno en los siguientes rasgos varoniles que me permitiréis apropiarme para vuestra edificación: «Él brilla en las aflicciones y considera las molestias de la vida como la cosecha de la virtud, y es honrado por las cosas adversas, portándose de manera que ni se envanece con las prosperidades, ni sucumbe por las adversidades, sino que permanece siempre el mismo y semejante á sí en todas las cosas, y de esta manera se le encuentra tan acendrado como el oro en el crisol. . . . ¿Es del orden patricio? Opondrá la probidad de costumbres al esplendor del linaje, y la pondrá á la vista de todos, para que se la pueda contemplar. Si ha tenido un origen oscuro y desconocido, en vez de cualquier otra nobleza alegará la espiritual, por la cual se modela cada uno; todas las demás noblezas serán por él menospreciadas como cosas viles y de ningún valor. . . . ¿Está en edad floreciente? Luchará con valor contra los movimientos viciosos del alma y aprovechará el vigor de su edad juvenil para no condescender con los afectos á que está expuesta esta edad, dará pruebas de prudencia senil en un cuerpo vigoroso, y recibirá mayor placer de esta victoria que los que ganan una corona en los juegos olímpicos. . . . ¿Ha entrado ya en la senectud? Pues, no envejecerá en su ánimo, y esperará la muerte como el tiempo marcado de su segurísima libertad, y emigrará lleno de contento á aquel estado que se sigue á esta vida.

¹ Ps. 17, 3.

¿Tiene bella figura? Pues hará porque la belleza del alma corresponda á la del cuerpo. . . . ¿Goza de buena salud? Hará uso de la salud de su cuerpo para todo lo mejor . . . , debilitará y extenuará la crasitud del cuerpo, discurrirá sobre las cosas terrenas y celestiales, y meditará con toda atención sobre la muerte. . . . ¿Tiene abundantes riquezas? Hará por desentriquecerse, hará partícipe al pobre de sus bienes, como si fuera administrador de cosas ajenas, para que aquél sea ayudado con el beneficio, y él sea reunido á Dios, sin tener otra cosa fuera de la cruz y su cuerpo. ¿Se ve oprimido por la necesidad? Tendrá á Dios por su riqueza, se reirá de los ricos, como quienes son pobres porque tienen necesidad de muchas cosas, y beben para ser acometidos por una sed más devoradora. . . . ¿Será atacado de improperios? Vencerá, no devolviendo injurias. ¿Será afligido por las persecuciones? Las soportará. . . . ¿Será objeto de maldiciones? Exhortará y rogará. ¿Será calumniado? Orará. ¿Se verá lleno de oprobios? Cristo se honrará con su compañía en la aflicción. . . . Nada hay más fuerte ni más invencible que la filosofía cristiana. Todo cederá antes que ceda el filósofo.»¹ Dígase lo mismo del varón verdaderamente religioso. «Celestial en la tierra», concluiré con el mismo Padre, «impasible en medio de las pasiones, tolera fácilmente ser vencido en todo menos en la grandeza de alma». Cuadro magnífico, como véis, del carácter cristiano, trazado por la mano maestra del Obispo de Nacianzo.

9. Al escucharlo podrá pensar alguno que esta grandeza de ánimo es la de los grandes santos, la que forma el heroísmo de los mártires, confesores y vírgenes del cristianismo, no la de los cristianos vulgares, quienes sin tanta magnanimidad pueden ser verdaderamente religiosos. No lo negaré de una manera absoluta, pero también sostengo

¹ Disc. de S. Greg. Nacianc. (Homilías de los santos Padres, t. IV.)

que todo ese heroísmo que admiramos en los santos, aun en nuestros días (pues no faltan por fortuna), es efecto y como natural desarrollo de la religiosidad perfecta, y que también en cierto grado se encuentra entre los simples fieles que saben comprender y practicar la religión. ¡Ojalá me fuera lícito aducir algunas pruebas de este aserto para honra de la sociedad en que vivimos y emulación de los menos animosos! Y nadie debe dudar de que así sea, pues hay una diferencia profunda entre el hombre religioso de veras y el que solamente lo es en apariencia. Aquél traza su vida sobre un plan en nada parecido al plan de vida adoptado por el hombre de mundo que se dice religioso. Estos dos hombres parten de principios totalmente distintos, marchan por diversos rumbos, persiguen fines opuestos. El uno fija su destino en la tierra, el otro en el cielo; el uno toma por punto de partida los intereses terrenales, por móvil, las pasiones; el otro, la virtud, el bien, teniendo por norma la razón ilustrada por la fe; aquél lo endereza todo á la felicidad temporal, éste á la salvación del alma. Éste, el verdadero filósofo cristiano, es el hombre de la eternidad que afirma con San Pablo: *Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus.*¹ Despreciador de lo temporal, está pronto á sacrificar lo perecedero á lo inmortal y eterno. Busca el modelo de su conducta, no en los muchos que corren alegres á la perdición por el ancho camino de los vicios², sino en los pocos que se esfuerzan por entrar en la estrecha senda que lleva á la vida³.

10. Guiado por tales principios, su conducta para con Dios, á quien directamente honra la virtud de la religiosidad, no puede ser más justa y razonable. Como Cornelio, el Centurión de Cesarea⁴, teme á Dios y enseña este santo temor á su familia, distribuye entre los pobres abundantes

¹ Hebr. 13, 14.

² Matth. 7, 13.

³ Luc. 13, 24.

⁴ Act. 10, 2.

limosnas y no cesa de rogar á Dios que le dé á conocer su voluntad para cumplirla. Como él, merece ser escuchado del cielo y visitado oportunamente é instruído en los caminos de la salvación. El temor de Dios, hermanos míos, así como es el principio de la sabiduría, así es, como dice el Eclesiástico, la verdadera religiosidad¹. ¿No es este temor santo el primer sentimiento que engendra la religión? Pero no basta, es preciso que á él vaya unida la oración, y primero la oración de alabanza, según la exhortación de los tres niños de Babilonia. «Benedicid al Señor Dios de los dioses, varones religiosos, alabadlo y confesadlo porque su misericordia se dilata por todos los siglos.»² Y no contento con tributar al Criador sus alabanzas en el santuario del hogar, cuando las voces de toda la naturaleza anuncian el despertar del día, y cuando el manto de las tinieblas ha cubierto ya toda la tierra, mezcla sus bendiciones con las de todo el pueblo fiel, y eleva sus preces en actitud humilde en la casa de la oración, en los templos del Señor, como lo manda el Profeta: «Benedicid á Dios en las iglesias ó congregaciones de los fieles.»³ ¿Qué más? Muy lejos de sentir mal, y mucho más de murmurar de la Providencia en la disposición de los acontecimientos, ve en las penalidades de la humana vida no tanto la acción del hombre y de los agentes naturales, como la mano invisible de la justicia ó de la misericordia divina para con la criatura racional, y, víctima de la desgracia, como el virtuoso Job, adora la vara que le hiere y se esfuerza por merecer la gracia en medio de la prueba.

11. Donde el temor de Dios mora de asiento, como en la casa del hombre religioso, habita el bien, el orden, la moralidad, porque, como dicen los Proverbios: «El temor de Dios aborrece el mal: la sabiduría, cuyo principio es aquél, detesta la arrogancia, la soberbia, la doblez en el

¹ Eccli. 1, 17.

² Dan. 3, 90.

³ Ps. 67, 27.

hablar y todo camino de maldad.»¹ Por abreviar este ya largo discurso, me limitaré á recordaros la gravísima sentencia del apóstol Santiago concebida en estos términos: «Si alguien se precia de ser religioso y no refrena su lengua, antes bien seduce su corazón, la religión suya es vana.»² Ahí lo tenéis, hermanos míos carísimos; es carácter de la verdadera religiosidad el poner freno á la lengua y no dejar seducir el corazón por las malas pasiones. Cuando así os lo enseñamos, nos basamos en la autoridad de la palabra santa que no yerra ni exagera. Esa misma voz inspirada añade: «La religión pura y sin mácula ante Dios nuestro Padre es ésta: visitar á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupción de este siglo.»³ Pureza de costumbres en medio de la general depravación del siglo y obras de misericordia, han sido y serán siempre la piedra de toque para discernir la verdadera de la falsa religiosidad. Así es que no la tiene quien, encerrado en vergonzoso egoísmo, pretende ser bueno para sí solamente, y no extiende cuanto puede el círculo de su actividad benéfica. El hombre que se guía por los sentimientos altísimos de la religión, como no se ama á sí mismo sólo por instinto de naturaleza, así tampoco ama á sus semejantes por mera simpatía, sino como hijos de un mismo Padre, hermanos en Jesucristo y destinados á vivir como él eternamente en la patria de la bienaventuranza. ¡Lazos de consanguinidad sobrenatural que producen la verdadera caridad cristiana, sobrenatural también, divina y eficaz!

12. Tal es, carísimos hermanos, la religiosidad de buena ley, bien distinta de la falsa y de meras apariencias. Aquella es la sola que responde á los fines de nuestro Señor Jesucristo, que trajo á la tierra la luz de la verdad para iluminar á todo hombre que viene á este mundo de tinieblas⁴.

¹ Prov. 8, 13,

² Iac. 1, 26.

³ Ibid. 1, 27.

⁴ Jo. 1, 9.

La otra, mezquina en su concepto y menguada en sus obras, no da más resultado que engañarse á sí mismo miserablemente, como se engañaba el apóstol San Pedro creyendo que en la visión del Tabor consistía la bienaventuranza final y exclamaba satisfecho: *Bonum est nos hic esse*.¹ «No sabía lo que decía», observa el evangelista, deslumbrado y absorto por aquel mar de luz y de belleza de la sagrada humanidad. Oigamos dócilmente á Aquel á quien el Padre nos manda escuchar y creer, y no nos equivocaremos en punto de tamaña trascendencia como es *la religiosidad*.

CUARTA CONFERENCIA.

La Religión y la Sociedad.

Omnes autem vos fratres estis. . . . Unus est Pater vester qui in caelis est.
Matth. 23, 8 9.

1. Imposible parece, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que haya hombres que blasfemen de la religión, y más en el seno de las sociedades cristianas, de estas sociedades que todo se lo deben á ella, civilización, leyes y costumbres. ¿Á qué causas puede atribuirse este hecho inconcebible y sin embargo demasiado real? Sea la primera la ignorancia, pudiéndose aplicar á este propósito lo que afirma el apóstol San Judas: *Hi quidem quod ignorant, blasphemant*—«Estos desgraciados blasfeman de lo que no conocen.»² ¿Cómo han de conocer lo que se obstinan en no ver ni saber? Odian por mera preocupación lo que, si conocieran, no podrían menos de amar y respetar. No así aquellos que, felizmente, llegan algún día á deponer su ignorancia junto con sus odios sectarios. La religión, por muy amable que sea para quien

¹ Marc. 9, 4.

² Iudæ 10.

la practica, es un freno y un yugo para las pasiones criminales, y esta clase de hombres que la insultan son, como advierte el mismo apóstol, de aquellos que «manchan su carne en tanto que desprecian toda autoridad y blasfeman de la majestad»¹. Nada extraño, pues, que miren de reojo y lancen injurias contra la religión. ¡Oh, si arrojada la venda de sus ojos reflexionaran alguna vez sobre lo que es y lo que vale ese tesoro del cielo!

Pero no es todo ignorancia, también entra por mucho la perversidad, la mala fe. Hay muchos que confunden, obcecados voluntariamente, la falsa religiosidad con la buena y verdadera, y abusando de la confusión, se deshacen en injurias, burlas é improperios contra la religión misma, cuando debieran lanzarlos contra la religiosidad falsificada y contrahecha. Fórjanse un fantasma de religión para convertirlo en blanco de sus tiros, y, desgraciadamente, engañan á muchos ignorantes é ilusos, mientras escandalizan y contristan á las almas buenas. «Dejadlos», decía el Salvador, «ciegos son, y guías de otros ciegos.»² ¿Podremos impedir que haya escándalos en el mundo?³ No, ciertamente. Apliquémonos más bien á robustecer nuestro espíritu con la sana doctrina, y bendigamos al que nos hizo ver la luz⁴.

2. Hemos visto la necesidad de ese elemento divino en la vida individual, sin cuyo concurso el hombre sería un ser desgraciado, pues estaría divorciado de Dios, rota la cadena de amor que une con su Criador á la criatura. Dando un paso más, discurriremos hoy, hermanos míos, sobre la necesidad de la religión en la vida social, ya doméstica, ya civil, apoyándonos en la naturaleza misma de la sociedad y fijando luego la mirada sobre la familia y la sociedad sin religión. Tales son los dos puntos que abrazará la presente conferencia. Plegue al Señor asistirnos con sus luces.

¹ Ibid. 8.

² Matth. 15, 14.

³ Lúe. 17, 1.

⁴ 1 Petr. 2, 9.